Management y plusvalía relativa: la explotación en el capitalismo contemporáneo

Andrea Fagioli. Licenciado en Filosofía (Universidad de Perugia, Italia) y Magister en Periodismo (Universidad de Sassari, Italia), es alumno del doctorado en Filosofía de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Su principal interés de investigación es la subjetividad política desde el punto de vista del marxismo postoperaista.

En un libro de comienzo de los años '90, que tuvo mucha circulación, el filósofo estadounidense Francis Fukuyama planteó que el "Hombre" contemporáneo, definido como "Último", había alcanzado lo que llamaba el "Fin de la historia" (Fukuyama 1992). Ampliando una tesis esbozada en un artículo anterior (Fukuyama 1989), el norteamericano sostenía que la democracia liberal constituía la "forma definitiva de gobierno de los hombres", diferente de todas las demás -estas últimas caracterizadas por

graves defectos e irracionalidades- y que esta era el punto de llegada de la evolución ideológica de la humanidad. Llevando al paroxismo la concepción moderna de la historia, fundada en un tiempo irreversible, y en la convicción -contrafácticamente insostenible, como ha subrayado Balibar (1993)- de un constante perfeccionamiento técnico y moral, Fukuyama llegaba a postular que las democracias más avanzadas habían alcanzado el "reino de la libertad" planteado por los marxistas[1]. Para el autor, "la sociedad sin clases" podía ser pensada, en los Estados Unidos de la Segunda Posguerra, como una sociedad donde la desigualdad no había sido eliminada completamente, pero donde las barreras que quedaban se debían más a la naturaleza que a la voluntad del hombre y donde, habiendo sido abolidas las necesidades naturales, era posible adquirir bienes a cambio de una cantidad de trabajo mínima, comparado con los estandares históricos.

Más allá de lo inmediatamente político[2], en estos pocos puntos del texto, escrito en la época de la Primera Guerra del Golfo, acontecimiento que ha dibujado una nueva geografía política mundial y consagrado a Estados Unidos como única potencia planetaria, encontramos algunos conceptos clave para entender la que ha sido llamada la "Nueva razón del mundo" (Dardot y Laval 2010). En primer lugar, tenemos lo definitivo de las democracias liberales, un adjetivo que tiene un peso político determinante porque cierra la puerta a cualquier puesta en tela de juicio del modelo constitucional que se ha impuesto casi universalmente, es decir que borra la posibilidad de todo brote, llamémoslo así, revolucionario. En segunda instancia, tenemos el (autoatribuido) carácter racional de la forma definitiva de gobierno de los hombres; una racionalidad que se opone a las irracionalidades que han provocado el derrumbe de las demás formas. Entonces, desde esta perspectiva, las democracias liberales surgen y se imponen en tanto despliegue de la Razón. Desaparece, en este relato, el fuego de las batallas a la luz del cual se han edificado los sistemas liberales contemporáneos (reflexionando desde el Cono Sur cabe preguntarse cómo aterrizó en estos lados aquel progresivo despliegue de la Razón, ya que los primeros intentos de neoliberalismo han sido implementados a la sombra de

1 "El reino de la libertad" es el título del capítulo 27, que abre la última parte del volumen, donde Fukuyama reinterpreta una afirmación del hegeliano ruso Alexandre Kojéve.

2 Nos referimos con "político" a la configuración del poder soberano y, en este caso, a su relación con los demás poderes soberanos. Se trata de una simplificación muy grande, pero abordar este problema de forma más sistemática nos llevaría por otros caminos.

los miles de muertos y desaparecidos de las dictaduras militares). Finalmente tenemos lo natural, que representa un obstáculo para eliminar la desigualdad, de la cual no es responsable el tipo de gobierno que los hombres se dieron. Hay que tener mucho cuidado con este último punto. Como ha sido evidenciado en muchos trabajos (Foucault 2004; Dardot y Laval 2010), el neoliberalismo se diferencia del liberalismo clásico justamente por su constructivismo, es decir por su concepción del orden de mercado que, lejos de ser un orden natural, se presenta como un orden que es preciso producir (constantemente). En este marco, es necesario que el Estado no se retire tout court, sino que opere a un nivel infrastructural, a través de un saber dominante, la Economía política, que hace emerger la naturalidad de los fenómenos económicos y que revela la verdad que constituye el límite de la intervención política. Para resumir en una oración esta perspectiva, podríamos decir que el punto de llegada último del despliegue de la razón no es algo a lo que podamos oponernos y la economía política nos advierte sobre los límites de la acción político-estatal.

Nuestra hipótesis -no demasiado original- es que la racionalidad neoliberal opera sobre un doble andén. Por un lado, podemos individuar un neoliberalismo desde arriba, un neoliberalismo, por así decirlo, soberano, que apunta a estructurar una sociedad de derecho privado (market friendly). A menudo, esta es la forma a través de la cual las élites saquean países que otrora llamábamos periféricos o que se instala en espacios de los países "centrales" que antaño quedaban fuera de la valorización del capital (en este marco podemos pensar el ataque al sistema del Estado de bienestar europeo, especialmente a sectores como la educación y la salud)[3]. En segunda instancia, tenemos una racionalidad que embiste al individuo y que lo empuja/obliga a una nueva relación con respecto a sí mismo, un sí mismo que tiene que ser configurado como una empresa.

Lo que nos proponemos hacer en esta breve intervención es distinguir, en este segundo andén, dos formas de operar de la razón neoliberal, que apunta a dos espacios distintos: el bios social, atravesado por la racionalidad de empresa, que es su unidad de medida, y la firma, en tanto «modo de coordinación económica alternativa al mercado que encuentra su origen en el mismo mercado y en la traducción de una posesión (títulos, medios de producción, bienes producidos) en una autoridad sobre las personas»

3 En este sentido remitimos al trabajo de autores como Harvey (2005) y Klein (2007). Para individuar referentes empíricos, en la Argentina de 2016, no hay que mirar demasiado lejos.

(Paltrinieri 2016, p. 31)[4]. Dicho en otras palabras, si por un lado tenemos un sujeto que está obligado a pensarse a sí mismo como un empresario de sí, por el otro el capitalismo contemporáneo nos presenta una nueva forma de gestión del trabajo vivo (tenemos la desfachatez de seguir llamándolo así) en el marco de una firma, es decir una empresa, pensada en su definición más básica, como unidad económica que tiene como único objetivo la generación de ganancia y que articula de otra manera a los empresarios de sí que la conforman.

Posteriormente trataremos de pensar, las teorías del neomanagement, es decir la forma de organizar a los trabajadores de una firma contemporánea, a la luz de un prisma marxiano, en tanto conjunto de dispositivos que apuntan al aumento de la productividad. Es decir al aumento de la que Marx llamaba plusvalía relativa.

1. Una sociedad de emprendedores

La mayoría de las lecturas que abordan el neoliberalismo a partir del trabajo de Michel Foucault (2004), piensan la empresa como fundamento de la sociedad. Pero lejos de entender ese fundamento como una referencia a la centralidad del trabajo, tal y como había sido incluido en muchas constituciones del siglo XX, se trata más bien de una forma-empresa que un nuevo sujeto, el empresario de sí, es llamado a incorporar. Este sujeto tiene que pensarse como y aplicar sobre sí mismo la racionalidad típica de la empresa, basada en el cálculo de riesgos, costos y beneficios, con el objetivo de ser más eficaz y más competitivo en el mercado. Desde esta perspectiva, el homo oeconomicus neoliberal se diferencia radicalmente del hombre del liberalismo clásico. Si el primero se caracterizaba por ser el hombre del intercambio, la peculiaridad del sujeto neoliberal es la de ser el hombre de la competencia generalizada.

Las consecuencias que se desprenden de semejante cambio de enfoque son varias. En primer lugar, se produce un deslizamiento de lo que se entiende por capital (por lo menos en su sentido estático[5]). Ya no se trata de un monto de riqueza que, en

4 Paltrinieri retoma la distinción planteada, por los economistas Hart y Moore (1990), entre Firm y Corporation, donde la segunda remite a la personalidad jurídica de la primera.

5 Sabemos, con Marx, que el capital no es una cosa sino una relación y que la riqueza, no importa su tamaño, no es capital si no encuentra (y contribuye de manera determinante a producir, de eso se trata

determinadas condiciones sociales, se valoriza a partir del uso de fuerza de trabajo, sino que se aplica al sujeto, definido por la ocasión "capital humano", llamado a relacionarse con el conjunto de sus capacidades, como un empresario con su capital. A esto remite todo el relato que estriba en la inversión sobre uno mismo, centrada en la formación permanente, en la capacitación y, en cierto casos, también en el cuidado del cuerpo, en tanto valorización de un capital (humano, ya lo dijimos) que tiene que competir, en la arena social, con los demás.

En segundo lugar, las teorías del capital humano franquean lo estríctamente económico embistiendo el espacio de la vida misma y se empujan hasta el punto de usar este concepto como grilla de análisis interpretativa de todo lo "humano", incluyendo ámbitos que anteriormente no entraban en los cálculos organizados en torno al eje costos/beneficios. El caso más emblemático, en ese sentido, es el de Gary Becker (1964), quien aplica los parámetros de "empresa" y "capital" hasta en los comportamientos más íntimos de los sujetos, como la elección de la pareja o la decisión de cuántos hijos tener (y si tener o no), para asegurarle(s) una adecuada cuota del capital, no sólo en términos de herencia o de poder de consumo per cápita, sino también en cuanto a la valorización de su capital humano a través, por ejemplo, del tiempo a dedicar a cada uno[6].

En tercera instancia, hablando en términos marxianos, ya no hay un poseedor de fuerza de trabajo que, para sobrevivir, está obligado a vender el uso del conjunto de sus capacidades físicas y síquicas a un poseedor de dinero[7], quien las emplea para producir

---

la acumulación originaria) determinadas condiciones sociales, es decir, si no es puesto en condiciones de adquirir fuerza de trabajo a cambio de dinero. Sin embargo, en el marco de un modo de producción capitalista, podemos identificar como capital un conjunto de bienes. A esto nos referimos con "en sentido estático".

6 Desde otro punto de vista -vale la pena destacarlo ya que este trabajo se coloca en el marco del marxismo- torna inutilizable la clásica distinción entre base económica y superestructura. Al respecto, algunos autores hablan de producción biopolítica en el sentido que, si bien la producción involucra cuerpos y físico, y en muchos casos sigue siendo una actividad que gasta el cuerpo, el producto no son sólo las mercancías, sino también las relaciones, los afectos, en una palabra: las subjetividades (Hardt y Negri 2000)

7 Remitimos obviamente, aquí, a la manera en que Marx piensa la "fuerza de trabajo" y a las dos figuras sujetivas que protagonizan el modo de producción capitalista, cuyo encuentro es conditio sine qua non del capitalismo, tal y como son descritas en el último párrafo del capítulo 4, Libro 1, del Capital (Marx 1867).

mercancías, quedándose con una cuota de trabajo que no paga (plustrabajo). Son así expulsados del espacio del debate un conjunto de oposiciones que están vinculadas con el antagonismo, como capital/trabajo, capitalista colectivo/clase obrera, trabajo vivo/trabajo muerto. Desaparece, casi, el vocablo "salario", vinculado a la compraventa de fuerza de trabajo (por lo tanto, a una figura antagonista que remite a la explotación), que es sustituido por el flujo de ingresos, en tanto renta por las (más o menos acertadas) inversiones del capital humano. En su giro, el neoliberalismo recompone y supera el antagonismo constitutivo del capitalismo entre capital y trabajo, eliminando el segundo término del espacio "público". Esto se da tanto a nivel del debate político[8], como a nivel propiamente institucional, ya que la producción de derecho positivo de la época neoliberal tiende a la flexibilización del trabajo, dando prioridad a las exigencias de las empresas respecto al empleo, que representaba, en los Estados modernos, la clave de acceso a la ciudadanía y la base de toda política de los partidos del movimiento obrero oficial.

Finalmente, la escisión constitutiva del modo de producción, borrada del espacio público, es reproducida al interior de un mismo sujeto, volviendo así evidente el eslogan feminista "lo personal es político" y borrando, de hecho, la línea que distingue los dos espacios[9]. Como indica Christian Marazzi (2002), analizando el paradigma de producción posfordista, «el direccionamiento de los ahorros sobre los mercados bursátiles (…) tienen precisamente esta finalidad: eliminar la separación entre capital y trabajo implícita en la forma salario fordista» (p. 42). De esta manera, los trabajadores no están separados del capital, sino que están interesados en su buen funcionamiento. Podemos llegar, entonces, a paradojas del tipo que un mismo sujeto, en tanto trabajador, haga una huelga contra una reforma previsional de la cual depende su jubilación, en tanto ahorrista. El conflicto, expulsado del espacio social, se traslada al trabajador y lo fractura.

Lo que es necesario preguntarnos, a esta altura, es si hay sólo una forma bajo

8 Es cierto que algunos países de América Latina, en los últimos lustros, han sido un caso particular, pero para corroborar lo que planteamos es suficiente echar una mirada a la prensa generalista o a los programas de gobierno de la mayoría de los partidos de centro-izquierda europeos, donde ha sido completamente marginalizada la oposición capital/trabajo.

9 Con eso no queremos decir que la línea que separa público y privado fuera evidente e infranqueable en otras épocas, y menos que las feministas no tuvieran razón en gritarlo en su momento.

la cual esta suerte de revolución copernicana del capital aterriza en lo social. En otras palabras, tenemos que pensar si nos encontramos frente a una revolución que embiste exclusivamente al ciudadano o si esta penetra también al interior de lo que Marx llama "los secretos laboratorios de la producción".

Al respecto, nos parece útil retomar una (fecunda) distinción entre dos tipos de racionalidades que operan, articulándose, en el marco del capitalismo dominado por la forma-empresa: la lógica mercantil y la lógica del management (Paltrinieri 2016). Se trata de dos racionalidades distintas, que podemos atribuir a la empresa en una sociedad de empresas y al trabajador que trabaja en una firma; teniendo en cuenta, ça va sans dire, que la línea divisoria entre ciudadano y trabajador, entre tiempo de vida y tiempo de trabajo, se hizo muy borrosa.

Tenemos, por un lado, un conjunto de perspectivas que abordan el tema del sujeto neoliberal que es llamado a enfrentar un espacio público, caracterizado por la desregulación del mercado del trabajo y por los recortes en el Estado de bienestar y estructurado en torno a la forma-empresa. Al respecto nos parece muy sugerente, entre varias, la posición de Maurizio Lazzarato (2011), quien habla de una "Economía de la deuda", poniendo en evidencia cómo la figura sujetiva del empresario de sí, tiene muy poco glamour, cuando aterriza en la sociedad contemporánea. Escribe el autor italiano:

> en la economía de la deuda, llegar a ser capital humano o empresario de sí mismo significa asumir los costos y los riesgos de una economía flexible y financiarizada, que distan mucho de ser únicamente los de la innovación: son también, y sobre todo, los de la precariedad, la pobreza, el desempleo, la decadencia de los servicios de salud, la escasez de viviendas, etc. "Hacer de sí mismo una empresa" (Foucault) significa hacerse cargo de la pobreza, el desempleo, la precariedad, los ingresos mínimos, los bajos salarios, las jubilaciones cercenadas, etc., como si fueran "recursos" e "inversiones" del individuo que deben administrarse como un capital, su capital (Lazzarato 2011, p. 28).

Nos parece que un punto de vista como este individua bien la novedad de la lucha de clases contemporánea, que el capital subsume y gobierna a partir del eje acreedor-deudor. Sin embargo, en este trabajo pretendemos ampliar la visión que limita a esta característica, sin lugar a dudas fundamental, las formas de explotación del capitalismo actual. Si bien es cierto que el capital extrae riqueza desde afuera del bios social, nos parece que la estructuración de una sociedad que tiene en la empresa su unidad de medida, tiene que ser complementada con una serie de análisis que apuntan a las maneras en que el trabajo es directamente explotado hoy en día.

Dejando de lado las formas de explotación del trabajo esclavo[10], la producción fabril que, aunque no marcando la tendencia del modo de producción, sigue empleando a millones de mujeres y hombres en todo el mundo, y también las técnicas de gestión del trabajo del que ha sido definido taylorismo 2.0 (Pirone 2016), como el sector de la logística o la sharing economy, en el próximo apartado queremos reflexionar sobre la lógica del (neo)management. Y queremos hacerlo poniéndola en relación con la noción de plusvalía relativa, de cuño marxiano, tratando de pensar cómo funciona en la producción, vital para el capitalismo, del plustrabajo.

2. La obsesión por la neutralización del antagonismo obrero

Resumiendo brevemente una cuestión sobre la cual han sido escritas miles y miles de páginas, podemos afirmar, siguiendo a Marx, que el secreto del capitalismo es la producción de plusvalía, la cual se presenta como «el fin determinante, el interés impulsor y el resultado final del proceso de producción capitalista, como aquello en virtud de lo cual el valor originario se transforma en capital» (Marx 1971, p. 5).

En este marco, el filósofo alemán distingue dos tipos de plusvalía, una absoluta y una relativa. La primera consiste en extraer una cuota mayor de plustrabajo a través de la extensión de la jornada laboral. Se trata de una extracción a la cual no es ajeno el uso de la violencia directa y que tiene límites objetivos. Esta es vinculada por Marx (1971) con el primer extremo de otra pareja conceptual -subsunción formal/subsunción real- que indica la posición de exterioridad del capital con respecto al proceso de trabajo, en el marco del cual se limita a explotar desde el exterior formas de trabajos ya existentes. En el caso de la plusvalía relativa, al contrario, el capital opera en otro nivel, aumentando la productividad de la fuerza de trabajo empleada; esto lo hace, principalmente, organizando directamente el proceso de producción (subsunción real), es decir administrando el uso de fuerza de trabajo alrededor de las máquinas y a través de una inversión cada vez mayor en el capital fijo, en particular en la tecnología. Su lógica apunta a disminuir la cuota de trabajo necesario para la mantención del trabajador. De todas maneras, esta necesidad de capturar una cuota cada vez mayor de plusvalía trae a colación otro problema inseparable del objetivo de la productividad: la neutralización

10 Sin ir demasiado lejos, pensemos en los talleres textiles clandestinos de la ciudad de Buenos Aires.

del antagonismo del trabajo vivo, que representa para nosotros un punto fundamental.

Ahora bien, si pensamos en las técnicas de management tal y como se dieron a partir del trabajo del ingenier Frederick W. Taylor, encontramos ahí una mirada sobre el proceso de trabajo que apunta a una organización productiva del mismo o, en otras palabras, a un aumento de la plusvalía relativa. Como ha indicado Massimiliano Nicoli (2015) en su reciente y exhaustivo estudio sobre el tema, Taylor lamentaba el enorme gasto de recursos que implicaba una mala organización del trabajo y puso como prioridad el problema del aumento de la producción nacional, obstaculizada por la irracionalidad y la ineficiencia de las técnicas organizativas (p.75).

El problema de la productividad, como sabemos, sigue siendo fundamental para el capital[11], sin embargo, otro objetivo central, estrechamente vinculado a aquel, es el de desarmar el antagonismo obrero. Un antagonismo que se resistía, en la época de Taylor, a producir una mayor cantidad de plusvalía relativa, frenando el proceso productivo a través de una serie de técnicas que derivaban de la posesión del conocimiento de los mecanismos de fábrica; mecanismos que quedaban opacos para los empresarios. Como recuerda Taylor en Los principios de la administración científica (1911), un jefe de sus oficinas le planteó la impotencia del mando (normativo) frente a la mano de obra en estos términos: «yo puedo impedirles que se sienten, pero ni siquiera el diablo puede obligarlos a que hagan un movimiento más, cuando están en el trabajo» (citado en Nicoli 2015, p. 78). Tenemos aquí un punto clave: la sustracción del saber de fábrica era condición de posibilidad del aumento de la productividad y de la imposición de la disciplina. La cuestión era, entonces, poner el saber de fábrica en manos de los administradores, con tal de no permitir que la fuerza de trabajo pudiese administrar a su antojo el ritmo de la producción. Y es justamente en este marco que la concordia y la colaboración entre empresarios y trabajadores subordinados se comienza a pensar como conditio sine qua non del nuevo tipo de organización del trabajo.

Ahora bien, si es obvio que concordia y colaboración aumentan la productividad del trabajo, por otra parte es igualmente obvio que no se pueden lograr simplemente a través de una gestión "científica" de una serie de movimientos, por más descompuestos

11 En octubre de 2016, al abrir el 52 Coloquio del Instituto para el Desarrollo Empresarial de la Argentina (Idea), el presidente Mauricio Macri declaró que «el primer desafío central es que tengamos todos la obsesión de la productividad».

y cronometrados que estén. Tiene que haber una segunda e importante arista, que opera a nivel de la subjetividad; esta está constituida por la capacidad de la organización científica del trabajo de presentarse como una forma políticamente neutral[12], que en base a las competencias (hoy diríamos mérito) asignaba a cada uno la tarea más elevada posible, como responsabilidad y retribución, en pos de realizar un interés común (Nicoli 2015). Ese interés común, desde ya, era el aumento de la producción.

Volviendo a Taylor. Para él trabajar en pos de ese interés habría implicado un efecto sicológico importante para los obreros[13], ya que la conciencia de trabajar para un objetivo super partes y, por ende, justo -vocablo fundamental- los hacía «trabajar más serenamente» y «ser más corteses hacia los compañeros y los dadores de trabajo. No incuban ideas llenas de resentimiento por la injusticia a la que están sometidos, como cuando se los organizaba con el sistema tradicional» (citado en Nicoli 2015, p. 89).

Ahora bien, aunque los economistas mainstream otorguen a sus leyes el mismo estatuto de la ley de gravedad, si rastreamos las publicaciones -llamémoslas- "patronales" encontramos, como vimos, que el control de la subjetividad es pensada como un factor ineliminable del mundo de los seres humanos. Podemos afirmar que Taylor -y mucho más su "sucesor" Taiichi Ohno- tenía claro que, como dice Lazzarato (2011), «aquello que definimos como "economía" sería lisa y llanamente imposible sin la producción y el control de la subjetividad y de sus formas de vida» (p. 53).

Es por esta imposibilidad de escindir configuración sujetiva y modo de producción que algunas lecturas de la crisis del ford-taylorismo no se fijan sólo en cuestiones de naturaleza económico-tecnológica, sino -sobre todo- en su incapacidad para enfrentar las luchas llevadas adelante por una nueva composición de la fuerza de trabajo. Desde esta perspectiva, lo que moviliza el giro lingüístico en la economía y el pasaje de la rígida programación de la producción de masa a la agilidad del just in time es la respuesta capitalista a la conflictividad obrera y el rechazo a la disciplina de fábrica[14].

12 No olvidemos, al respecto, la posición de marxistas como Trotski y Lenin sobre la "racionalidad" de la organización científica del trabajo.

13 De hecho, el ingeniero se jactaba de no recordar ninguna huelga en sus treinta años de trabajo (Nicoli 2015, p. 88).

14 Podemos remitir al trabajo de autores como Hardt y Negri (2000), Marazzi (1999), Virno (2001) y muchos otros de la tradición (post)operaísta. Se trata de una lectura de las innovaciones a nivel productivo que es heredera de la así llamada "revolución copernicana" de Mario Tronti (1966), que

El ingeniero Ohno, de la nipona Toyota, que sigue a Taylor en la imaginaria línea de héroes de la razón capitalista, es el padre de ese modelo que reemplaza globalmente la cadena de montaje y que da vuelta a la relación entre producción y mercado. La producción a gran escala, que producía según su capacidad y que iba de la mano con una política de altos salarios -para que los obreros de Henry Ford pudiesen ser también sus clientes-, es sustituida por una producción ágil, que elimina todo lo que excede la capacidad de absorción del mercado y por la cual es necesario integrar el lenguaje, la comunicación y los flujos de información (Marazzi 1999).

Más allá de pensar la naturaleza del trabajo posfordista desde una perspectiva filosófico-antropológica[15], nos interesan aquí sus condiciones de posibilidad en términos de relaciones (de poder). Como afirma el sociólogo italiano Giuseppe Bonazzi, con respecto a la centralidad del trabajador en la empresa posfordista:

> [e]l éxito de la empresa JIT depende totalmente de la disponibilidad para colaborar de los trabajadores (...) Es suficiente un rechazo, un desaceleración para que los efectos sobre el flujo productivo sean inmediatos y disruptivos. Es entonces tarea del management consolidar un cuadro de relaciones industriales bajo las cuales los empleados no estén tentados de usar aquellas capacidades de vulneración. Con el JIT la empresa hace una apuesta: desmantela las defensas históricas erigidas contra la conflictualidad vista como un destino inevitable de la producción industrial y dirige todos los recursos a alimentar un «monoflujo» donde no hay (...) líneas de defensa (citado en Nicoli 2015, pp. 160/161).

El nivel de integración de las subjetividades requerido por la producción toyotista es, entonces, mucho mayor que el del taylorismo, el estadio que lo precede en las historia de la razón managerial. Y si pensamos en las teorías del neomanagement, comprendemos que tienen sus razones para presentarse como un "nuevo humanismo" (Paltrinieri 2015), en el marco del cual el desarrollo del trabajador «es decisivo para el éxito de la empresa» (Nicoli 2011, p. 61).

En el momento en que el sistema de producción just in time franquea los límites de la fábrica integrada, extiendiéndose al rubro de los servicios[16], la racionalidad

planteaba que las luchas obreras eran el motor del desarrollo capitalista.

15 Al respecto remitimos al trabajo de Virno (2001).

16 Es este sentido, Hardt y Negri (2004) hablan de "tendencia" de una forma de producir. En el caso actual hablan de producción biopolítica, que marca un determinado paradigma productivo.

de empresa se extiende a todo lo social y ahí encuentra, imbricándose con ella, una nueva racionalidad política: la razón neoliberal. Estas dos racionalidades no cesan de superponerse y si por un lado la forma-empresa se vuelve un modelo político, en el sentido en que cobra funciones políticas en cuanto a la producción de normas legales y morales (Paltrinieri 2016, pp. 28-30), por otra parte el paradigma de los Human Resources adopta un modelo en el cual incentiva la acción autónoma, libre y creativa de los individuos (el problem solving es una característica fundamental en las firmas) para controlar mejor los procesos organizativos y mejorar el clima de trabajo. Se trata, como sostiene Nicoli (2015), de estructurar y organizar el campo en el cual los empleados "libres" actúan. En términos foucaulteanos, se trata de aplicar a la firma un paradigma gubernamental (p. 171), otorgando más responsabilidad a los trabajadores posfordistas, mientras que, paralelamente, la hipertrofia de los mecanismos de control les quitan toda autonomía (Nicoli y Paltrinieri 2014, p. 50). Podríamos decir que Ohno devuelve a los trabajadores el saber que Taylor les había quitado, controlando el medio del trabajo y no el cronómetro.

Entonces tenemos ahí la superposición de los dos paradigmas: por un lado la forma-empresa funciona como modelo político y, por el otro lado, el paradigma del gobierno es aplicado a la Empresa (con mayúscula).

Desde el punto de vista que nos interesa, también podemos encarar el tema desde una doble perspectiva: en primer lugar, nos parece que el problema alrededor del cual estamos dando vuelta sigue siendo el mismo que tenía Marx frente a sus ojos, es decir, el aumento de la productividad y la neutralización del antagonismo (potencial) de la fuerza de trabajo. En segunda instancia, el capital llega a subsumir la vida entera, capturando valor en todo el bios social.

A modo de conclusión.

El objetivo que nos propusimos en este artículo es el de complejizar las lecturas de neoliberalismo que lo piensan en tanto sociedad basada en la forma-empresa, para abordar la cuestión de la gestión capitalista del proceso de producción contemporáneo. El análisis de este plano no se opone a la crítica del plano social de la forma empresa en la sociedad civil neoliberal -entre otras cosas porque las fronteras que dividen hoy

Estado/Sociedad civil, Público/Privado, Ciudadano/Trabajador no tienen límites bien definidos-, sino que la complementa. Lo que hicimos fue pensar las teorías del (neo) management, que no abordamos aquí remitiendo directamente a sus fuentes primarias (es decir los manuales que se usan en las escuelas de negocios), sino a algunos estudios teórico-críticos, a través del prisma de la noción marxiana de plusvalía relativa.

En el primer punto, Una sociedad de emprendedores, esbozamos los cambios conceptuales que implica la sociedad neoliberal en tanto sociedad que tiene en la empresa su unidad de medida: un deslizamiento semántico de la noción de capital (i), la aplicación de una grilla económica a ámbitos que anteriormente no tenían nada que ver con la economía (ii), la expulsión de todo el horizonte conceptual que remite al antagonismo capital/trabajo tanto del debate político, como del nivel institucional de producción del derecho (iii) y finalmente el desplazamiento del antagonismo constitutivo del capital del espacio social al interior del sujeto (iv).

A partir de ahí, en el segundo punto, La obsesión por la neutralización el antagonismo, nos preguntamos cómo aterrizan estos cambios conceptuales en la organización capitalista de la producción. Lo que planteamos es que las teorías del (neo) management representan una forma novedosa de operar en un doble nivel: aumento de la productividad y neutralización del antagonismo. Este doble objetivo se encuentra en la base del trabajo de los ingenieros Taylor y Ohno, quienes marcaron sus respectivas épocas proponiendo formas de producir, tal vez opuestas entre ellas, que apuntaban a lo mismo: fluidificar el proceso productivo limitando lo más posible la resistencia del trabajo vivo y aumentando de manera exponencial su productividad. Nuestra tesis es que la sociedad neoliberal se caracteriza por un doble movimiento: el neomanagement franquea los límites del ámbito económico y apunta a la institución de una forma de vida capitalista (i); al mismo tiempo, las firmas aplican a sus trabajadores un paradigma gubernamental (ii).

Lo que está en cuestión en los problemas que tratamos de poner sobre la mesa -nos parece- se enmarca en una de las urgentes cuestiones que, desde una perspectiva marxiana, como aquella en la cual inscribimos este trabajo, afectan el presente. Nos referimos al problema de pensar un sujeto que pueda oponerse a algo que no es un enemigo que ocupa un Palacio de Invierno, sino una lógica que atraviesa inclusive a los que la critican. Un sujeto que no puede tener la fácil ilusión de homogeneidad que

tuvieron las clases obreras nacionales, porque debe encarar la copresencia de distintos tipos de explotación capitalista -lo que, en palabras de Virno (1999), representa una suerte de exposición universal de la explotación- caracterizada por la segmentación de la fuerza de trabajo y la superposición espacial del primer mundo con el tercero.

Pero no se trata sólo de organizar -función tanto fundamental como cuestionada- sujetos sometidos a niveles diferentes de explotación; se trata también de enfrentar una lógica que es un factor determinante de subjetivación.

Bibliografía:

- Balibar, Étienne. (1993). La filosofía de Marx, Nueva Visión: Buenos Aires, 2000.
- Becker, Gary. (1964). The Human Capital, Columbia University Press: New York, 1993.
- Dardot, P. y Laval, C. (2010). La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal, Gedisa: Barcelona, 2013.
- Foucault, Michel. (1971). "Nietzsche, la genealogía, la historia", en *Microfísica del poder*, La Piqueta: Madrid, 1992, 7-31.
- Foucault, Michel. (2004). Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978.1979), Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires, 2007.
- Fukuyama, Francis. (1989). "The End of History", en The National Interest 16 (Summer 1989), 3-18.
- Fukuyama, Francis. (1992). El fin de la historia y el último hombre, Planeta: Buenos Aires, 1992.
- Hardt, M. y Negri, A. (2000). Imperio, Paidós: Buenos Aires: 2002.
- Hardt, M. y Negri. A. (2004). Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio, Debate: Barcelona, 2004.
- Hart, O. y Moore, J. (1990). "Property Right and the Nature of the Firm", en Journal of Political Economy 98/6, 1119-1158.
- Harvey, David. (2005). Breve historia del neoliberalismo, Akal: Madrid, 2007.
- Klein, Naomi. (2007). La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre, Paidós, Buenos Aires, 2008.
- Lazzarato, Maurizio. (2011). La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal, Amorrortu: Buenos Aires, 2013.

– Marazzi, Christian. (1999). El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política, Akal: Madrid, 2003.

– Marazzi, Christian. (2002). Capital y Lenguaje. Hacia el gobierno de las finanzas, Tinta Limón: Buenos Aires, 2010.

– Marx, Karl. (1867). El Capital, Siglo XXI: México, 1975-1981.

– Marx, Karl. (1971). El Capital, Libro I, Capítulo VI (inédito), Siglo XXI: México.

– Nicoli, Massimiliano. (2011). "Il fascismo del manager", en Aut-Aut 350, 61-76.

– Nicoli, Massimiliano. (2015). Risorse umane, Ediesse: Roma.

– Nicoli, M. y Paltrinieri, L. (2014). "Il management di sé e degli altri", en Aut-Aut 362, 49-74.

– Paltrinieri, Luca. (2015). "Regards croisés. Le management vu par les sciences humaines et sociales", en Thaêtre, disponible en http://www.thaetre.com/2015/12/20/le-management-vu-par-les-sciences-humaines-et-sociales-questions-a-luca-paltrinieri/.

– Paltrinieri, Luca. (2016). "L'impresa e la filosofia politica. Verso un approccio genealogico", en Iofrida, Manlio (a cura di). Emergenza ecologica, Alienazione, Lavoro, Mucchi: Modena, 23-42.

– Pirone, Maurilio. (2016). "Le nuove frontiere della valorizzazione. Logistica, piattaforme web e taylorismo digitale", en Euronomade.info 21 de octubre 2016.

– Taylor, Friedrick W. (1911). Principios de la administración científica, Herrero: México, 1969.

– Tronti, Mario. (1966). Obreros y capital, Akal: Madrid, 2001.

– Virno, Paolo. (1999). El recuerdo del presente: ensayo sobre el tiempo histórico, Paidós Ibérica: Barcelona, 2003.

– Virno, Paolo. (2001). Gramática de la multitud. Para un análisis de la forma de vida contemporánea, Colihue: Buenos Aires, 2003.